



● TESTIMONIO: Una Artigas en el campamento del Che

QUIROGA

11 PERIODISTAS
TRICOLORES

P.34

LA JOPEADA CASCOS AZULES vs MARINES

+

LAS MUJERES
DE LOS CÉSPEDES:
**GUARDIANAS
DE LA MÍSTICA**³⁰

ZONA PROHIBIDA:
**AQUELLOS PUNKS
DE LOS OCHENTA**⁵²

**100 AÑOS
DE LA IASA**⁸



EDICIONES
OLÍMPICA



FONDOS DE
INCENTIVO
CULTURAL
5º ANIVERSARIO

8

Una grieta en Haití

TEXTO ÁLVARO CARBALLO

En 2010, los cascos azules uruguayos que estaban en la base de Les Cayes protagonizaron un hecho que vale mil batallas: para ayudar a las víctimas del terremoto, rompieron un bloqueo aéreo impuesto por el ejército de Estados Unidos. Apelando a la más pura viveza criolla.

LA HISTORIA TIENE un puñado de actores principales. Dos oficiales uruguayos y tres cooperantes españoles amigos de beber buen ron, que unieron sus fuerzas para inclinar la balanza y hacer que la ayuda humanitaria pudiese llegar a miles de personas, aunque eso implicara tomar un aeropuerto. Un piloto de avionetas sacudido por un grito de auxilio. Dos médicos, también uruguayos, obligados a operar sin anestesia usando hojas de afeitar en lugar de bisturís. Como secundarios de lujo, una decena de marines que al ver su bloqueo perforado bajaron en Les Cayes en tres helicópteros en formación de guerra, incrédulos de que

un puñado de cascos azules de un país que no podrían ubicar en el mapa les colara un avión en el sur de Haití, con la facilidad con que Luis Suárez puede hacer un dribling.

El terremoto sacudió Haití durante 38 segundos el 12 de enero de 2010, con una intensidad de 7,3 grados en la escala de Richter. ¿Es posible suponer cómo quedaron las ciudades afectadas y sus habitantes? Las miradas de las víctimas: ¿son de incredulidad o shock?; ¿imploran ayuda o ruegan morir? ¿Qué cara pone alguien que en 38 segundos perdió mujer e hijos, hermanos, primos y todas sus posesiones? ¿Cuánto demora en aparecer la miseria humana? ¿Cuánto tiempo pasó antes que alguien decidiera meterse en una casa vacía para rastrillar algo, suponiendo que después podría venderlo o trocarlo por comida? ¿Quién será el primero en ofrecer un plato de comida o una botella de agua potable a cambio de sexo con una niña? ¿Cuántos le creerán a los sacerdotes vudú, sean houngan, o sean los bokor que usan su energía para causar mal, cuando éstos culpen al hombre blanco? ¿Cómo reaccionarán los crédulos? ¿A qué huele una ciudad destrozada, donde por la calle pueden confluír restos de la vianda de alguien que iba a trabajar con la nafta de un coche volcado y con hilos de sangre?

No es posible imaginar eso.

Pasaporte

—Señor, tenemos sobreventa de pasajes, pero le ofrecemos indemnizarlo y que usted viaje dentro de dos días.

El mayor Diamante Peirano apenas lo pensó. Estaba haciendo el check in en el aeropuerto de Carrasco y ya se había despedido de su esposa y sus hijos. En la base de Les Cayes en Haití lo esperaban sus camaradas. Podía llamar y explicar la situación: lo comprenderían y sólo tendría problemas con su conciencia por estirar

sumario

- 34-44 **UNA GRIETA EN HAITÍ**
X ÁLVARO CARBALLO
- 45-50 **EL LARGO CAMINO DEL PESCADO VEDETTE**
X VALENTÍN TRUJILLO
- 52-56 **SIN FLORES EN SU TUMBA**
X GABRIEL PEVERONI
- 57-61 **HOY PRESENTAMOS: THE HICKORY SISTERS**
X CAROLINA BELLO

ST



El doctor Bruno Cabrera (primero de izquierda a derecha) atiende a un niño haitiano en la base de los cascos azules uruguayos en Miragoane.

su licencia dos días más en lugar de estar cumpliendo con su deber.

—Disculpame pero voy por trabajo. Estoy con Naciones Unidas en Haití y tengo que viajar hoy sí o sí —respondió.

Era la madrugada del martes 12 de enero de 2010. Horas más tarde descendía en Puerto Príncipe. Si no hubiera abordado ese vuelo tendría que haber esperado 3 semanas para entrar en Haití.

Diamante Peirano, hijo de un funcionario aduanero y una maestra, asegura que decidió ser militar porque en su infancia veía que el Ejército «hacía mucha obra social».

—Antes era más común la presencia de soldados arreglando escuelas, apoyando en barrios carenciados. Donde no llegaban los municipios llegaban los militares a trabajar, hasta colaboraban en el tendido de electrificación rural. Por eso entré en la escuela militar y decidí ser ingeniero. Quería trabajar activamente apoyando a la sociedad.

Y en Haití, donde estaba en su cuarta misión de paz (antes había ido a Kuwait y dos veces a la República Democrática del Congo), tenía la oportunidad de ayudar. Fue como Jefe de Logística (S4 en la jerga militar) del Batallón Uruguay I con base en Les Cayes, al sur del país.

Tras el aterrizaje Diamante Peirano hizo una serie de trámites en Puerto Príncipe. Descartó una invitación del comandante Gonzalo Martirené para un brindis en el cuartel general de las Naciones Unidas (ONU) y partió en camioneta a su destino. Junto a él, en una Mahindra Cimarrón iban otros seis compatriotas: chofer, custodia, dos soldados y dos capitanes. El caos del tránsito hizo que les llevara más de 3 horas salir de la ciudad. Cuando celebraban haber llegado a una ruta despejada, el conductor dio la mala noticia: debían parar para arreglar el acelerador.

—Frenamos en la banquina, nos bajamos y en seguida el piso empezó a vibrar, como si fuera la tapa de una olla con agua hirviendo. Unos instantes después la tierra se movía lateralmente. Después de eso, un movimiento como de las olas, con el piso oscilando hacia arriba. Nos agarrábamos de la camioneta pero saltaba todo, como si te movieran una alfombra.

Aromas

Acostumbrados a lo explícito de ver, nos olvidamos que los otros sentidos dan pistas, indicios. De niños, entrar

a la cocina y oler nos decía cuál sería el almuerzo. Una función básica, animal. Los olores dicen cosas.

—En Puerto Príncipe, el polvo y el trasiego humano y de vehículos se comió el olor a muerto —dice Julio Alonso, cooperante español y periodista que estuvo en Haití colaborando para la ONG Mensajeros de la Paz.

—Pero según salías del centro, el aire limpio del mar se turnaba con el de los cuerpos sepultados en las casas del camino. Si el olor era muy fuerte, te indicaba una escuela, un mercado o una fábrica, no fallaba. Haití siempre me olió a vida truncada, a fruta mal parida. Haití huele a pobreza y condena.

Alonso era parte de una tribu de tres componentes al servicio de Mensajeros de la Paz que completan Iván Durán y Sergio Hernández.

—Si no se puede seguir en auto, hay que ver si hay motos, burros, caballos o bicis y qué rutas se pueden transitar. Cuando llegan las ayudas tengo que conseguir la colaboración de gente para descargar camiones u organizar repartos. Ese es mi trabajo. Y grabar para documentar —cuenta Alonso.

El trío de españoles llegó a Haití al día siguiente del terremoto con la misión de abrir una ruta que transportara la ayuda humanitaria que llegaría desde España.

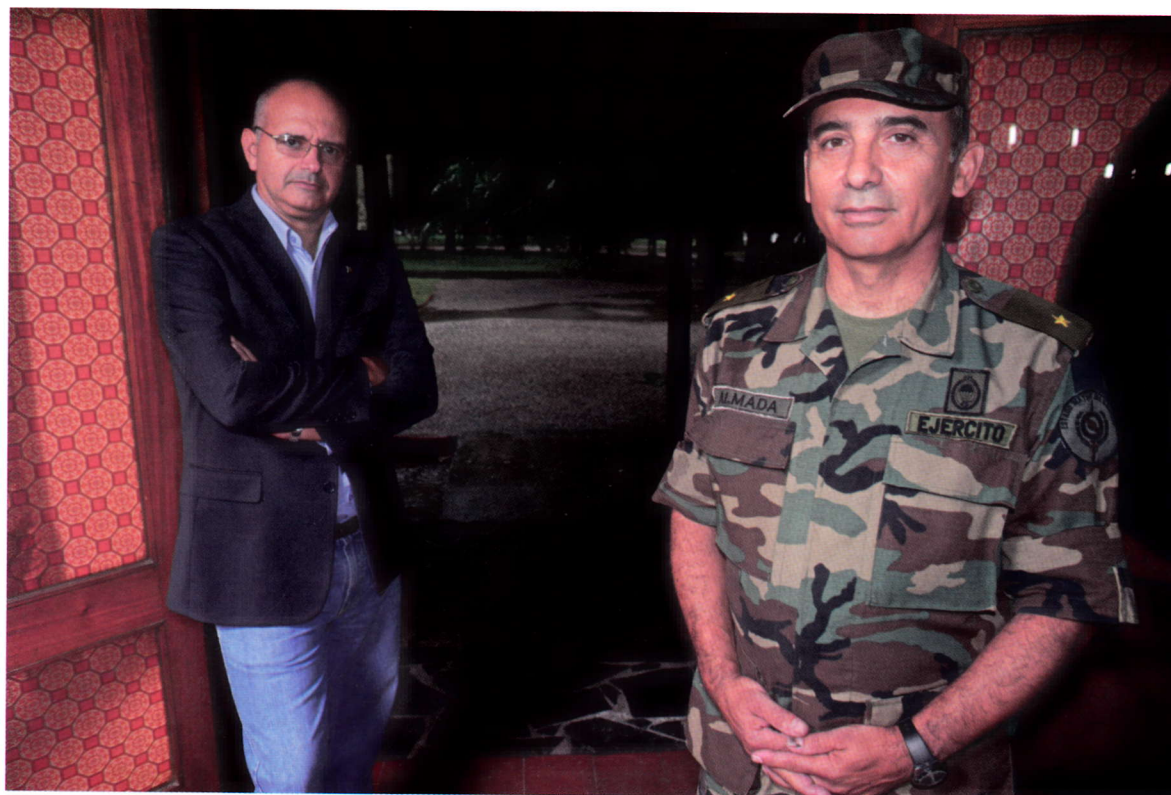
—Sabíamos que había una base uruguaya en el sur, por eso nos contactamos con uruguayos que conocimos en el Congo, que a su vez nos derivaron a otros compatriotas suyos que estaban en Puerto Príncipe. Y allí el Capitán Fernando Botti nos sugirió un trayecto, complicado pero factible, para ir hacia la base de Les Cayes.

En el camino, los españoles pasaron por la base de Miragoane, también bajo control uruguayo. Allí los recibió el doctor Bruno Cabrera.

Ahora, cuatro años después, lo veo declarar a la cámara en la filmación de documentación de Mensajeros. Es un hombre joven, parece haberse recibido uno o dos años antes de llegar a Haití. Tiene la cara pálida, agotada, pero busca transmitir calma a pesar de las horas que lleva dando una batalla totalmente desigual.

—No tenemos bisturís, gasas, ni peróxido, nada que nos permita hacer curaciones básicas. Los bisturís los sustituimos por hojas de afeitar y estamos haciendo operaciones y amputaciones sin anestesia —dice Cabrera, con el mismo tono impersonal que podía haber empleado para dar una disertación sobre las características de una hoja de lechuga.

En el monitor surgen nuevas imágenes. Aparece otro de los españoles, Iván Durán, agachado junto



a una niña de no más de siete años que está tendida en una camilla. Él le habla, le pregunta cuántos años tiene, la distrae, busca que ría. Luego la cámara hace zoom out y se agranda la escena.

Ahora se puede ver al doctor Cabrera intentando darle forma a dos tubos de carne amorfos, rotos, que nacen en la cintura de la criatura; lo que alguna vez fueron sus piernas. Más imágenes, fotos intercaladas. Un hombre con los huesos del pie expuestos a través del empeine. Una mujer gorda que quiere hablar pero no puede emitir sonido y lagrimea sin ruido, tan shockeada que no se entera que tiene el seno derecho fuera de la ropa, tan grande que sale de cuadro. Hay un adolescente con un brazo en cabestrillo al que Cabrera le está limpiando una herida profunda en el hombro, otro con un pie sin dedos, dos piernas quemadas, un pie sin talón y al fin el video da un cierto respiro, sale del hospital y muestra la calle, casas derrumbadas, gente que camina como autómatas cargando algunos cacharros, pick ups cargadas hasta con camas de quienes abandonaban la ciudad. El corto termina cuando un hombre grande, ancho, se para a conversar con el

Diamante Peirano, ya retirado, de civil, y Marcelo Almada, todavía en actividad. Ambos tuvieron un rol clave en la ayuda a las víctimas del terremoto.

camarógrafo y le ofrece un viejo aparato de teléfono de la compañía de celulares Digicell cubierto de polvo. «Digicell. C'est bon».

Los tres españoles apuntaron toda la información sobre carencias sanitarias que les pasó el médico, documentaron los heridos, las condiciones de atención y siguieron rumbo a Les Cayes, donde estaba la base central de los cascos azules de Uruguay. En el camino sólo hablaron de lo que habían visto y trabajaron.

También compraron unas botellas de ron para apagar la angustia de lo visto. Lo que más sonaba en sus cabezas era una frase que les había dicho en impersonal tono castrense un sargento de apellido Silva:

—Si en cuatro días no llega el material, la situación en los hospitales será irreversible.

Iván Durán comenzó a elaborar una lista marcando los materiales que se precisaban con más urgencia y encargos específicos como insulina, anticoagulantes y trombos.

—También anotó un pequeño milagro que por suerte logramos: encontrar unos catéteres infantiles para que un cubano operase a dos niños que luchaban contra el tiempo —agrega Julio Alonso.

En camino

Cuando terminó la sacudida principal del terremoto, la comitiva que viajaba en la Mahindra reparó la camioneta y continuó su ruta rumbo a Les Cayes.

—Estábamos desconcertados —recuerda el mayor Diamante Peirano— ya que vos no sabés de dónde vienen los temblores y las réplicas, si de este a oeste por ejemplo. Y como en el lugar donde estábamos no veíamos la magnitud del problema, decidimos seguir.

Avanzaron algunos kilómetros por las montañas sin problemas hasta que se encontraron con un paso que estaba cortado y decidieron volver a Puerto Príncipe. Al acercarse a la ciudad se dieron cuenta que había pasado algo importante. A los costados de la ruta había filas interminables de gente aturdida, zombie, que los miraba pasar como a extraterrestres. El sol empezaba a caer, los zombies se iluminaban quemando llantas.

—Cuando ocurre un problema así, Naciones Unidas es el primero al que el ciudadano común le echa la culpa, le lleva sus reclamos, le pide explicaciones. Y nosotros no teníamos información, nada para decir.

Cuenta Diamante Peirano que los haitianos son explosivos, que pasan de la calma absoluta a un estallido social en fracciones de segundo.

—Entonces íbamos en un vehículo de Naciones Unidas y el único armamento lo tenían el chofer y el custodia: una pistola y un fusil. Decidimos pegar la vuelta otra vez, antes que la gente reaccionara mal.

La camioneta giró en U, retomó camino al sur y volvió a toparse con la ruta cortada.

—Pero ahora había locales tratando de abrir un paso a pico y pala. Cuando preguntamos si podrían

abrirlo, nos contestaron con otra pregunta: «Sí, ¿hay dinero?». Esa es una respuesta típica de Haití.

Los uruguayos pagaron con algunos dólares y un par de horas después pararon en el campamento compatriota de Miragoane. Allí se enteraron que Puerto Príncipe estaba en ruinas, que se había derrumbado hasta el Palacio Presidencial.

—Me dijeron que no se sabía ni la cantidad de víctimas que había.

Diamante Peirano y los suyos pasaron la noche en Miragoane y a la mañana siguiente completaron el trayecto hasta Les Cayes.

—Cuando llegué planteé que teníamos que prepararnos porque la gente nos iba a desbordar. La situación era complicada, no teníamos comunicación con el cuartel general de la ONU que se había derrumbado, la cúpula de Naciones Unidas había muerto allí, la organización estaba descabezada y las regiones estaban como independientes, libradas a su suerte.

Después preguntó si se sabía de uruguayos entre las víctimas. Le dijeron que el único desaparecido era el Comandante Gonzalo Martirené. Si Diamante Peirano le hubiera aceptado la invitación a aquel brindis en el cuartel de la ONU en Puerto Príncipe, hubieran encontrado sus cuerpos juntos.

—Parece que él estaba por salir y tuvo que volver a buscar unos papeles —cuenta Peirano con gesto sombrío.

El responsable máximo de los uruguayos en Les Cayes era el Coronel Raúl Passarino que estaba de licencia en Montevideo, por lo que su segundo, el Teniente Coronel Marcelo Almada, estaba a cargo. Almada, Diamante Peirano y el Teniente Coronel Alejandro Araujo analizaron la situación. Resolvieron armar un comité de crisis, que se conformó con un civil local designado por el alcalde, el jefe regional de asuntos civiles de la ONU y el S4 uruguayo, Peirano.

En la zona de la base los temblores habían hecho caer una casa y quedaron afectadas algunas estructuras. El comité de crisis chequeó si la más importante, el hospital local, podía seguir funcionando como tal.

—Afortunadamente no había daño estructural, pero no iba a dar abasto. Empezamos a definir otras áreas de atención. En ese hospital se recibieron, en total, casi 6.000 heridos y se contabilizaron entre 50 y 60 mil desplazados, una migración importante.

El 20 de enero de 2010 la doctora uruguaya Paola Nario resumió todo en un informe. Decía que en el hospital Bonnefin de Les Cayes había pacientes con

necesidad de ser operados urgentemente, otros con heridas cortantes, varios con distintos tipos de infecciones y que para atender a todos ellos sólo había un cirujano general, dos traumatólogos, un emergencista y un farmacéutico.

—Los insumos médicos son insuficientes e inadecuados para la gravedad clínica de algunos pacientes, no contando con suficiente material de punción, tubuladuras, sueros, anestésicos, analgésicos y medicación pediátrica. El hospital no cuenta con balones de oxígeno o material básico de reanimación, agua corriente, pero sí con energía eléctrica —escribió la doctora Nario.

Se había recibido 6 meses antes, en julio de 2009. Mientras estudiaba se decía que alguna vez le gustaría trabajar en una zona de emergencia o de conflicto, formar parte de Médicos Sin Fronteras o alguna organización similar. Cuando terminaba la carrera una amiga que ya había participado de la misión uruguaya en Haití le recomendó que participara de una misión de paz. Las impresiones de los días del terremoto la acompañan aún hoy, cuando atiende a Quiroga por

teléfono desde el Banco de Prótesis de Montevideo, donde se desempeña en ingresos y post operatorios.

—Llegué al hospital de Bonnefin en un camión con tres enfermeros. Es difícil decirle hospital, porque no había médicos. Los que anoté en el informe son los que la lista decía que debían estar ahí, pero cuando llegamos no había ninguno —recuerda.

Cuando la doctora Nario y sus acompañantes entraron el panorama fue desolador. Ya habían pasado cuatro días del terremoto y los pacientes estaban sin atención, con evidentes síntomas de deshidratación. Lo primero fue ponerle suero a todos.

—Apenas teníamos dos maletines nuestros con algunos insumos. Decidimos hidratar y seleccionar a los que estaban más complicados para poder operarlos.

Pero se encontraron con la falta de anestesia y hasta de analgésicos.

—En los maletines teníamos dos ampollas de morfina y decidimos dárselas a quienes más la necesitaban. Había una señora que tenía un pie tapado. El olor que tenía era espantoso por la gangrena. Me acerqué y agarré la tela que tenía sobre el pie para desenvolver-

Hoy la vida sale a trabajar con más derechos.

Porque a través de una lucha de años, la seguridad en el trabajo es ley en la conciencia de los trabajadores. Y porque no hay pena mayor que la pérdida de una vida, y es con el respeto de las normas de seguridad que la mayoría de los accidentes laborales pueden evitarse. Para que el pan y la dignidad de hombres y mujeres no se confundan con las lágrimas.

Para que nadie falte donde se lo está esperando.

selo. Y fue sacar la tela y el pie se le desprendió. Estaba unido al resto de la pierna por unos hilitos y cayó al piso. Hubo que amputarla, obviamente.

La doctora Nario dice que el panorama se complicaba día a día porque los heridos seguían llegando constantemente.

—Todos lo hacían por sus propios medios, llevados por algún familiar que tenía auto o en las famosas tap tap (pick ups de transporte público). Los traslados en ambulancia no existían.

A pesar de todo, a la doctora Nario le quedaron recuerdos positivos.

—Dos días después que nosotros (seis días después del terremoto), llegó un grupo de traumatólogos de Estados Unidos que trabajó de manera impresionante. Fue muy buena la interacción con ellos. Y mágicamente, cuando ellos llegaron, aparecieron los médicos haitianos que por lista tenían que estar en el hospital.

Culminada su experiencia en Haití la doctora Nario no volvió a tomar parte de una misión.

Desde el techo

A las 16 y 50 del 12 de enero de 2010 el Teniente Coronel Marcelo Almada estaba en su despacho. Mientras ordenaba unos papeles pensaba en su esposa y sus hijos. Por la ventana se veía la zona de ejercicios de la base. Parte de la tropa jugaba al volleyball.

—El despacho se empezó a mover. Como había un árbol de mango arriba del techo me calenté, pensé «tiran la pelota al árbol, se fueron a buscarla y me están caminando por arriba». Salí a ver quién era el rostrudo que estaba haciendo eso. No entendía nada, cuenta Almada con tono rochense y sonrisa de quien sabe reírse de sí mismo.

Cuando comprendió lo que pasaba empezó a chequear el panorama de situación en las demás bases uruguayas. En todas se había sentido algún temblor, incluso en la del norte, en Morne Cassé, a menos de 20 kilómetros de la frontera con República Dominicana. Intentó llamar a la oficina uruguaya en Puerto Príncipe pero no logró comunicarse. Lo mismo le sucedió cuando quiso hablar con los observadores de logística de ONU. Poco rato después se comunicaron con él desde Montevideo, por radio HF. Ahí confirmó que hubo un terremoto de magnitudes.

—Lo primero fue tomar todas las medidas de seguridad, conseguir información y comunicarme con mi superior. Como estaba entrando la noche y podía

ser riesgoso, dimos orden que la mañana siguiente se hicieran patrullas, un relevamiento lo más completo posible de la zona.

La zona que debía controlar ese batallón uruguayo era la del sur, incluyendo, además de la base, los destacamentos en Miragoane y Jeremie. En total debían dar seguridad a más de un millón y medio de personas y calcularon que con el terremoto llegaría un 30 por ciento más de población autoevacuada, mayoritariamente oriundos de Puerto Príncipe.

A la mañana siguiente, mientras salían las distintas patrullas, Almada recibía a Diamante Peirano, que llegaba a la base luego del accidentado trayecto desde el aeropuerto de la capital y comenzaron a trabajar en la creación del comité de crisis junto al Teniente Coronel Araujo. Además solicitaron permiso al alcalde para armar un hospital de campaña en el estadio de fútbol de la ciudad y decidieron dirigir toda la logística necesaria para colaborar con los médicos de los hospitales de Miragoane, Jeremie y Les Cayes.

Almada, que estaba al frente de la base, se haría cargo de las situaciones militares. Diamante Peirano tendría que encargarse de toda la logística, la de la base y la de ayuda a la sociedad.

Visitantes

Los tres cooperantes españoles, luego de pasar por el destacamento de Miragoane donde filmaron al doctor Cabrera, llegaron a Les Cayes por la noche. No tenían el mejor aspecto: llevaban un par de días sin bañarse ni cambiarse de ropa y a eso se agregaba un fuerte olor a Barbancourt, ron haitiano que habían elegido como vía de escape para las tensiones.

—Cuando el soldado de guardia enfiló con la linterna e iluminó a Iván, lo vio con la botella de ron en rampa a la garganta en un perfecto ángulo de inclinación. El soldado dijo algo así como «Buen provecho papá. ¡Llegaron los gallegooooos!» —cuenta Julio Alonso, también con una carcajada.

En la base los estaban esperando porque habían sido avisados desde Miragoane. Un soldado acompañó al trío al comedor donde los recibió Diamante Peirano. Almada no estuvo para recibirlos porque estaba terminando de resolver un asunto militar: junto a parte del batallón debió impedir una fuga de más de 400 reclusos de la cárcel de Les Cayes. Cuando españoles y uruguayos estaban en las presentaciones, desde el fondo sonó otra voz:

—Yo los conozco, trabajaron con nosotros en Congo, en la base de Goma —dijo Ana De Oliveira, una abogada uruguaya que cumplía funciones de intérprete en Les Cayes.

—Con ella habíamos compartido muchos cigarillos en el aérea de fumadores de aquella base, además de alguna estrategia para lograr la salida de una niña de Kiwanja. Gracias a que nos recordó nos ahorramos mucho tiempo y nos sentimos en confianza para pedir que nos prestaran una ducha —recuerda Alonso.

Mientras los españoles se bañaban, Marcelo Almada llamó a Montevideo para comunicar que había recibido a los cooperantes españoles e informar del plan de trabajo que estos traían (básicamente, recibir ayuda humanitaria desde España y repartirla).

A la mañana siguiente los españoles decidieron agradecer la buena recepción de los uruguayos. Para eso armaron una especie de locutorio en la base, donde dejaron uno de los dos teléfonos satelitales que llevaban. El otro lo reservaron para su trabajo.

—Fue algo precioso y al mismo tiempo muy íntimo para contarlo; ves cómo se ablanda gente recia,

cómo hace lagrimear el hablar con una madre o cuán importante es decirle a los niños que quedaron en casa que estudien. Las frases más escuchadas fueron «estoy bien», «yo también a ti» y «sí mama» o «sí mi amor» —relata Julio Alonso.

Mientras desayunaban con la cúpula, Iván Durán llamó a la sede de Mensajeros de la Paz y recibió un mensaje poco alentador: le informaron que Estados Unidos había cerrado el aeropuerto de Puerto Príncipe.

Un momento ideal para frustrarse, pero Diamante Peirano tuvo una idea que podía destrabar la situación.

—Estamos a cien metros de la pista del aeropuerto de Les Cayes. ¿No tienen aviones más pequeños que puedan aterrizar aquí?

Volvieron a llamar a España y desde allí les pidieron las medidas de la pista y se comprometieron a conseguir un avión más chico. Mientras hacían las mediciones, sonó el teléfono de los españoles. Era de la sede de la ONG. Les dijeron que Estados Unidos había resuelto bloquear todo el espacio de todo

cable+internet

Juntos para siempre



\$1149

mensuales

Consultá por promociones de afiliación.

Si ya contás con el servicio de antel te hacemos una migración de contrato.

Contrato a 2 años. Sujeto a disponibilidad técnica. Promoción exclusiva de TCC.

2 **TCC** **tcc.com.uy**
todo junto más barato 2 4 1 0 1 6 1 6

Haití, que la ayuda debería ir a República Dominicana y llegar a Les Cayes por tierra. Como mínimo demoraría diez días más.

Diamante Peirano tiene una explicación:

—El único país con capacidad de respuesta para colaborar en Haití por distancia, por volumen y por infraestructura era Estados Unidos. A las 24 horas ellos bajaron más de 10.000 efectivos. Si no cortaban el espacio aéreo no podían bajar ese volumen de personal. Cerrar el aire era su única forma de asegurarse que la ayuda llegara sin interferencias del tráfico aéreo normal —y aunque lo que opina Peirano suene sensato, lo curioso es que la ayuda estadounidense llegaba sólo a Puerto Príncipe. Bloquear el resto del cielo haitiano por donde la ayuda yanqui no volaba parece haber sido un desperdicio.

Julio Alonso tiene una mala noticia:

—Volvimos a la base uruguaya y nos recibieron Almada y Araujo. Por la ventanilla del auto les dijimos que el espacio aéreo estaba cerrado, cosa que Almada confirmó, pero sin cerrar la puerta. Nos dijo que oficialmente no habían recibido ninguna comunicación al respecto y que no creía que la recibieran por lo menos en 24 horas. Eso nos daba tiempo.

Marcelo Almada tiene amnesia:

—A mí nadie me informó oficialmente de nada. No recibí ningún papel, ninguna comunicación. Capaz estaba, pero las comunicaciones no andaban. No recuerdo que me hubieran dicho. Capaz tengo amnesia —dice sin poder evitar reírse.

Con la puerta que dejó abierta Almada, el trío de españoles tenía al menos una carta en la manga para que la ayuda pudiera llegar al sur de Haití pese al bloqueo estadounidense, así que resolvieron volver a Puerto Príncipe.

—Teníamos el convencimiento que allí encontraríamos algo —relata Julio Alonso.

Y en el trayecto lo encontraron; apareció una idea:

—Pensamos utilizar los medios de comunicación para desbloquear el aeropuerto de Puerto Príncipe. Logramos, a través de amigos, que un programa de Antena 3 se interesase por nuestro trabajo. La idea de una nota con «españoles en primera línea de la tragedia» les gustó.

La entrevista salió en directo en España en el programa matinal Espejo Público, conducido por Susana Grisso, que hizo la siguiente presentación:

—La ayuda se está repartiendo ya en Puerto Príncipe, pero a 40 kilómetros no llegan ni la comida, ni

el agua, ni la medicina ni el material quirúrgico. Silvia García nos lo cuenta desde Puerto Príncipe.

La movilera apenas pudo darle pie a Julio Alonso, que mirando a cámara arrancó a monologar:

—No son 40 kilómetros. El terremoto tiene una franja de 70 kilómetros hacia el sur. Ya a cinco kilómetros de Puerto Príncipe no existe comida, no ha ido ni un equipo de rescate. Como ejemplo les puedo decir que en el hospital de Miragoane los doctores uruguayos están amputando brazos y piernas a personas grandes y pequeñas con cuchillas de afeitar y sin anestesia. Ayer en ese hospital sólo se pudo curar a tres personas. Una que tiene una pierna atacada por la diabetes y una infección generalizada, una niña que tiene una herida en la pelvis y las dos piernas rotas y un chavalito que tiene el tobillo destrozado. Se supone que en España hay un avión con ayuda que estamos esperando como agua de mayo y por cada día que pase y el avión de España no llegue al sur de esta isla, seremos responsables todos los que estamos aquí y los que estáis allí de la muerte de muchas personas. Ese avión tiene que intentar aterrizar en el sur porque es donde se tiene que liberar ayuda y no tenemos noticias que se pueda hacer alguna gestión para que ese avión por lo menos traiga esa ayuda que donó la gente que ve tu programa entre otras personas.

Cuando terminó el móvil la conductora del programa y los invitados que tenía en el estudio quedaron en silencio.

—Fue un grito desesperado y una llamada que terminaba advirtiendo que todos éramos responsables de los que estaba pasando. La movilera me regañó por no dejar tiempo a sus preguntas —cuenta Julio Alonso.

Ahora había que esperar el impacto que pudiera haber causado la nota; ver si a nivel diplomático comenzaban acciones para que el avión llegara a Les Cayes. La sorpresa llegó apenas dos horas después, en forma de mensaje de texto, al celular de Iván Durán.

—Mi nombre es Alejandro, piloto español con base en Dominicana, tres aviones pequeños a vuestra disposición —decía el sms.

Lo llamaron. El piloto les contó que había visto el programa junto a su familia por Internet, que tenía una pequeña compañía de vuelos turísticos y que podía llevar la carga. Sólo pidió dos cosas: una carta de la ONU para que lo autorizaran a despegar de Dominicana y un aeropuerto de destino.

—Lo último —preguntó Alejandro— ¿qué bebéis?

—Ron —respondió Julio Alonso sin el menor atisbo de duda.

Tras esto llamaron a Diamante Peirano que leyó la jugada con claridad y les aseguró que siguieran adelante, que de alguna manera lo iban a resolver. Los españoles marcharon de nuevo rumbo a Les Cayes, pero hicieron escala en Miragoane para prometerle al doctor Cabrera que si aterrizaba el avión les llegaría una botella de ron dominicano.

Papeleos

—Vino el Mayor Peirano a verme a mi despacho y me dijo: «Los gallegos tienen la posibilidad de traer desde España medicamentos, material para operar, antibióticos y anestesia. Tienen avionetas en Dominicana para que el material llegue pero precisan un lugar donde aterrizar y camionetas para distribuir la carga» —cuenta Almada cuatro años después de los hechos.

Almada, Peirano y su Jefe de Estado Mayor, Alejandro Araujo, evaluaron la situación. La ayuda era indispensable y si se esperaba el tiempo necesario a que ONU se reorganizara, los muertos serían miles.

—Si ellos me ponen un avión en el aire, les pongo un lugar donde bajar y después pongo los medicamentos donde sean necesarios —sentenció el Teniente Coronel Marcelo Almada.

Había un problema más, se necesitaba una autorización para que los aviones despegaran de Santo Domingo.

—Era la única forma de sortear los controles aéreos de Estados Unidos en Dominicana, que los monitoreaba desde Florida. Hasta establecer el «puente» había que ser discretos y evitarse mucho papeleo —evoca Julio Alonso.

La solución llegó de la mano de la traductora Ana De Oliveira, quien recordó haber leído en un diario local que el Padre Ángel, principal responsable de Mensajeros de la Paz, la ONG para la que trabajaban los tres españoles, había estado reunido meses atrás con la Primera Dama de República Dominicana.

—Si ese es su jefe, nadie mejor que la Primera Dama para pedir el permiso —les dijo Diamante Peirano y se fue a comunicarle todo a Marcelo Almada, quien reunió de apuro a su Estado Mayor.

—Señores, personalmente creo que no puedo ser tan mezquino de no apoyar esto sólo por evitar hacer olas. Ya se habla de 200 mil muertos. Siento el deber de ayudar a la población, y si me cuesta que me cueste —recuerda Almada que dijo en aquella oportunidad.

A Julio Alonso, el diálogo se lo contaron distinto:

—Almada les dijo «señores, esto se debe hacer. En Uruguay nos respaldan pero estamos oficialmente solos, Naciones Unidas está colapsada, nadie se hace responsable y la gente se muere. Que cada uno juzgue la importancia de la situación, si le puede costar una quiebra en su historial militar, pero les digo que si a mí me tienen que romper el culo por algo, que sea por hacer esto».

En cualquiera de los dos casos, el remate de la historia es el mismo: Almada recibió el apoyo de todos sus camaradas y dio orden de tomar el aeropuerto apenas amaneciera.

A esa altura ya había pasado la hora de la cena y la de los postres, pero había trabajo. Iván Durán y Ana de Oliveira se pusieron a escribir la carta. Julio Alonso agarró el teléfono y llamó al Padre Ángel, sin tener en cuenta que en España eran las 4 de la madrugada. Aún así el religioso atendió, pasó todos los contactos para llegar a la Primera Dama y se ofreció para llamar personalmente, cosa que hizo unas horas más tarde. La gestión fue exitosa: antes que la carta fuera enviada a República Dominicana, la autorización para despegar ya había sido dada.

El avión

—Las directivas fueron clarísimas: había que instalarse en la pista y custodiarla siempre. Cada avión que llegaba debía ser revisado minuciosamente para confirmar que no llevara nada raro. Un equipo nuestro con un médico recibía los medicamentos, lo llevaba a la base, se listaban y se distribuían —narra Almada.

Apenas salió el sol, un grupo de militares uruguayos fue a tomar el aeropuerto. Al llegar, el Mayor Diamante Peirano habló con el director de la terminal.

—Le mostré un documento firmado por una autoridad de la ONU que mandataba a Uruguay a hacerse cargo del aeropuerto —evoca Peirano.

Lo que no le dijo al director fue que esa autoridad era él mismo.

Con ese papelito, que no terminaba de ser completamente ilegal, pero que había sido gestado a viveza criolla, se aseguró una grieta en el bloqueo aéreo estadounidense. Una grieta que para miles de personas sería la diferencia entre la vida y la muerte. El bloqueo se rompía y los aviones tendrían dónde aterrizar.

—En condiciones normales jamás hubiera podido hacer eso, pero si tenés que conseguir medicamentos y no los tenés, ¿qué hacés? —pregunta Diamante Peira-

no y se responde a sí mismo: —asumís la responsabilidad que baje un avión. Son decisiones que tenés que tomar.

Julio Alonso recuerda que en ese momento pensó en Les Luthiers:

—El director estaba somnoliento mientras Diamante le hablaba. Era como la canción de Les Luthiers, «quedáis todos conquistados». Y cuando quisimos darnos cuenta, una avioneta sobrevolaba el aeropuerto y Alejandro, el piloto, entre abrazos y aplausos aterrizaba en Les Cayes con los primeros 400 kilos de medicamentos y material.

Danger

Estados Unidos tenía todo el cielo de la isla que comparten Haití y República Dominicana controlado. Segundos después de que la avioneta entró en bloqueado cielo haitiano, los monitores estadounidenses se comunicaron con el piloto.

—Él explicó que llevaba ayuda humanitaria y que estaba autorizado a volar y a aterrizar por el Jefe Logístico de Naciones Unidas en la base de Les Cayes —rememora Diamante Peirano. El jefe, del que el aviador no dio el nombre, era el mismo Peirano. A falta de autoridades de la ONU en funciones, nadie iba a poder discutirle el cargo.

El avión aterrizó entre aplausos y rápidamente se empezó a chequear y controlar tanto la carga como la nave. Pero en pocos minutos, la tensión llegó desde el cielo: apareció un vuelo táctico de Estados Unidos, formado por tres helicópteros.

Los españoles lo documentaron, por lo que vuelvo a mi monitor y cliqueo play. Veo al piloto Alejandro sonriente junto a Julio Alonso. Pero de pronto su cara cambia y señala el cielo. Tres helicópteros de gran tamaño se acercan. Dos se quedan en el aire y el tercero aterriza.

De ese baja un civil y tras él dos marines dignos de aparecer en Robocop. El civil lleva una caja de cartón que dice «Les Cayes» escrito a mano con marcador. Diamante Peirano, responsable de la autorización sale a su encuentro. Lamentablemente entre la distancia a la que la cámara filmaba y el ruido de las hélices, no se puede escuchar lo que hablan. Diamante Peirano recrea toda la situación:

—Primero pensé que se había podrido todo y que tendríamos problemas, que podría haber algún incidente o, como mínimo, tener que dar explicaciones.

Pero después me di cuenta que en realidad estaba todo claro, no estábamos haciendo nada que no hubieran autorizado las autoridades de Naciones Unidas en el lugar.

O sea, nada que no hubiera autorizado él mismo.

Para Marcelo Almada es claro que los helicópteros de los marines venían en un vuelo de reconocimiento dispuestos a hacer respetar el cierre del espacio aéreo del país. Algo que podía incluir, si lo que veían les resultaba sospechoso, acciones armadas.

Diamante Peirano recibió a los marines y al civil en la pista. Se identificó como autoridad a cargo del aeropuerto por el Batallón Uruguay I, bajo mandato de Naciones Unidas. Mientras los marines miraban en todas direcciones, el civil dijo que tenía que dejar una caja que tenía valores. Para ganar tiempo y que no se quedaran en la zona de carga y descarga, Diamante Peirano los mandó ingresar a la terminal aérea por la puerta más alejada. Desde el cielo, dos helicópteros seguían monitoreando toda la situación. En tierra, los uruguayos aceleraban el ritmo de descarga de la ayuda humanitaria.

No es difícil imaginar a los marines comunicándose con sus compañeros de los helicópteros y confirmando rápidamente que en esa zona estaban los cascos azules uruguayos. Tampoco es difícil imaginar que les habrá resultado imposible comunicarse con autoridades de Naciones Unidas para saber qué mandato habían dado a esos cascos azules venidos del sur, pero más no podían desconfiar: habían hecho una inspección ocular por aire y tierra y no habían encontrado nada raro. Lo difícil de imaginar para los marines era que los uruguayos habían flexibilizado tanto los reglamentos que se les estaban riendo en la cara. Minutos después, los estadounidenses se despidieron. Uruguayos y españoles respiraron tranquilos.

Cuando los helicópteros empezaban a alejarse, las primeras camionetas con la ayuda española ya salían del aeropuerto.

—Y nosotros brindamos con ron —cuenta Julio Alonso, como si hubiera sido difícil de imaginar. ●